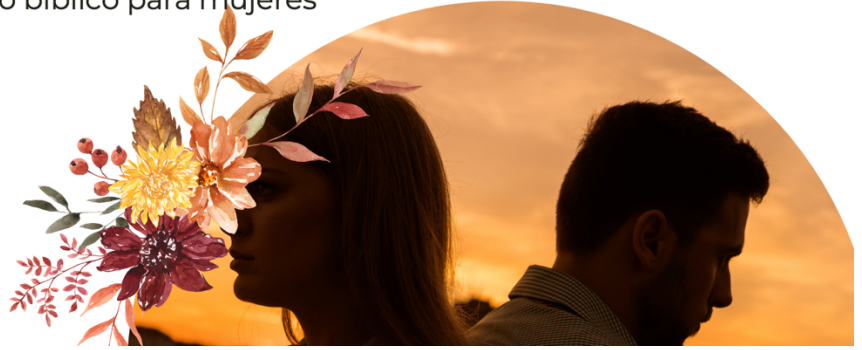


Amables y amorosos

Estudio bíblico para mujeres



SEAN AMABLES UNOS CON OTROS

Venimos estudiando muchas características de la vida cristiana en relación con los creyentes, y vamos abriendo nuestros ojos a la realidad: entendemos que el camino de la vida cristiana no solo es complicado, sino que es imposible en nuestras propias fuerzas. Y a medida que vamos viendo el pecado y las fallas de nuestros hermanos y lo mal que han actuado con nosotros, nos confrontamos a nosotras mismas en nuestra humanidad. Esto es bueno, pues Dios quiere que nos veamos en un espejo reflejando todas nuestras debilidades.

El propósito de este estudio es resaltar que de la misma manera en que mis hermanos fallan hacia mi, yo misma fallo hacia ellos. Y por medio de la Palabra de Dios y su estudio, nos vamos santificando y renovando día a día para ser mas como Él.

Ahora debemos entender el propósito de conocer nuestras debilidades. No solo pasamos por un proceso de humillación donde podemos reconocer el valor de nuestros hermanos, sino que podemos experimentar venir a Cristo y vivir el evangelio cada día en nuestras vidas. Es por medio de estas

situaciones de conflicto diario que vemos la obra de Dios en nuestro carácter. Por eso no podemos renunciar a su trato con nosotras.

Debemos dejar que Jesús obre en nuestros corazones a medida que nos va mostrando nuestra humanidad. Y en ese camino a la santidad no hay atajos: muchas veces queremos experiencias rápidas, pero sin disciplina. Miremos el tema que trae el pasaje de 2 Pedro 1:5-7:



Añade a tu fe.

«Por esta razón también, obrando con toda diligencia, añadid a vuestra fe, virtud, y a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, perseverancia; y a la perseverancia, piedad».

Pedro nos llama a añadir a la fe virtud, conocimiento, dominio propio, perseverancia y luego piedad. Pero no queremos pasar por el tiempo de fe, porque esto significará pruebas dolorosas para nosotras.

Tampoco queremos añadir conocimiento, porque sabemos que requiere una disciplina para entender la verdad; y menos dominio propio, porque significa una renuncia ante las exigencias de mi carne: comida, bebida, entretenimiento, forma de vestir, de hablar, de actuar.

Pablo exhorta en 1 Timoteo 4:7: «Ejercítate para la piedad». Así como el entrenamiento físico requiere constancia, la piedad demanda disciplina espiritual diaria. «El ejercicio físico aprovecha poco, pero la piedad es provechosa para todo, pues tiene promesa para la vida presente y también para la vida futura» (1 Tim. 4:8). Es como cuando vamos a ejercitarnos al gimnasio para adquirir músculo: algo que requiere tiempo, disciplina y esfuerzo. Por eso debemos preguntarnos si lo que hacemos —lecturas, conversaciones, entretenimiento— nos acerca a la piedad o a la impiedad.



Debes continuar asistiendo al gimnasio de Dios. Debes ejercitarte. Debes entrenarte.

Pero nosotras queremos que la piedad se produzca sola, de la nada. Queremos ir a un retiro o a una conferencia, leer un libro, o ir a un consejero, o escuchar un mensaje, o tener algún tipo de experiencia mística que nos toque. No queremos hacer el esfuerzo para conseguir el resultado final. Es por eso que tantas de nosotras permanecemos espiritualmente débiles. No desarrollamos los músculos espirituales porque la piedad requiere vigilancia constante, diligencia constante. Es un entrenamiento espiritual. Es un entrenamiento serio, intencional y continuo.

A medida que escuchas esta clase, seguro que Dios irá poniendo ideas en tu mente y hablando a tu corazón con asuntos específicos que puedes modificar para alcanzar esa piedad que Cristo requiere en tu vida. El Señor trajo a mi mente algunas cosas específicas que yo sentí que me ayudarían a buscar la santidad. Quizás no sean las mismas que tú necesitas hacer. Es posible que necesites algo totalmente diferente. Pero se trata de tomar algunos pasos específicos para cambiar las prioridades y la agenda.

En mi caso, es la forma como aprovecho mi tiempo libre, el uso que le doy a mi teléfono, ajustar la hora de mi devocional, establecer horarios de lectura, cambiar algunas de las canciones de mi lista de música, llevar una lista de oración más organizada.

Elabora tu lista, permite que el Señor hable a tu vida y muestre algunos objetivos claros que te lleven más a la santidad.



Pero la vida espiritual no solo se trata de un esfuerzo para un bien propio, sino que involucra siempre a otros, ¿Cuál es nuestra vida espiritual común? A simple vista podría parecer que no tienes mucho en común con algunos otros cristianos de tu iglesia. Pero el hecho es que tienen el mismo Padre. Estamos todos relacionados entre sí. Somos hermanos y hermanas en la familia de Dios. Somos todos hijos dentro de la familia de Dios. Tener afecto fraternal significa amar a los demás en mi familia, afecto por los hijos de Dios.

Pedro continúa: «...a la piedad, fraternidad» (2 Ped. 1:7). El afecto fraternal es amor hacia los hijos de Dios. Romanos 12:9 dice: «El amor sea sin hipocresía; aborreciendo lo malo, aplicándoos a lo bueno». Y 1 Pedro 1:22 exhorta: «Amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro». Este amor fraternal implica sensibilidad a las necesidades de otros, cultivar amistades piadosas, hospitalidad y disposición a servir.

La cima de todas las virtudes es el amor ágape: «...a la fraternidad, amor» (2 Ped. 1:7). Este amor es sacrificial, centrado en el bien del otro. Colosenses 3:14 afirma: «Y sobre todas estas cosas, vestíos de amor, que es el vínculo de la unidad». El amor verdadero surge después de añadir todas las otras virtudes, y se evidencia en obedecer a Dios y amar a todos, incluso a los difíciles.

El afecto fraternal es una palabra que tiene que ver con la amistad. Es una cualidad que va más profundamente que simplemente pasarle a alguien por el lado en un pasillo de la iglesia y decirle: «Hola, ¿cómo estás?». La amistad de que se habla aquí es mucho más profunda que eso. Tiene que ver con la manera en que hablamos con los creyentes y sobre los demás creyentes. Tiene que ver con ser sensibles a las necesidades de la gente a mi alrededor.

¿No es asombroso cómo podemos vivir con las personas, trabajar juntos, ir a la iglesia con ellas, estar en los mismos ministerios, conocerlas por años y realmente nunca conocer sus luchas? No saber ni siquiera quiénes son. Se trata de ser sensibles a las circunstancias por las que atraviesan las demás personas, sensibles a sus necesidades y tratar de llenarlas de manera proactiva.

¿Cómo puedo servirles? Se trata de salir de mi propio yo y entrar en las vidas de otras personas. Tiene que ver con cultivar relaciones, no ser un cristiano al estilo llanero solitario. Es tener la disposición de sacrificarse por otros, de sacrificarse por ellos.

El amor. Ágape. El amor de Dios. Ese amor centrado en otros, desinteresado, sacrificial, amor que sirve, amor que da y que siempre tiene en su corazón los mejores intereses de la otra persona.

Es el tipo de amor que no necesariamente les da a los demás lo que quieren todo el tiempo, pero sí lo que necesitan. Porque tanto amó Dios al mundo que Él nos dio a todos un montón de dinero,



que nos dio a todos buena salud... No. Dios amó tanto este mundo caído, quebrantado, necesitado, que ha dado un Salvador. Él nos dio lo que necesitábamos.

Escuchamos a los creyentes hablar sobre amor, y creo que el problema es que queremos empezar por ahí. Queremos que todos se amen. Pero el verdadero amor ágape está en la cumbre. Es el fruto. Es el resultado del proceso diligente del que hemos estado hablando.

Es el resultado de añadir todas estas otras gracias a nuestra fe. No se puede tener amor verdadero apartados de la fe, la virtud, el conocimiento, el dominio propio, la perseverancia, la piedad y el afecto fraternal. A medida que añadas estas cualidades a tu fe, encontrarás que podrás crecer en amor: en el amor a Dios, y en el amar al Señor tu Dios con todo tu corazón. Ese es tu llamado. Esa es tu misión. Ese es el objetivo supremo de nuestras vidas: amarlo a Él con todo nuestro corazón y luego amar a los demás con Su amor.



Eso no significa que ignores las fallas de tus hermanos. Dios quizás quiera usarte como instrumento de gracia y de bendición en sus vidas. Pero no puedes ser ese instrumento si tu ministerio no está fluyendo del amor. Así que Pablo dice: «Por encima de todas estas cosas, vestíos de amor, que es el vínculo de la unidad».

Esta enseñanza nos ha llevado a considerar el uso que le daremos a nuestro tiempo libre y a preguntarles a otras personas: «¿Cómo puedo servirte?». También nos ha recordado el supremo mandamiento: amar al Señor con todo nuestro corazón.